

## NUÑEZ DE CACERES, PRIMER LIBERTADOR DE LA REPUBLICA

*Por el Dr. J. I. Jimenes-Grullón*

Conmemorando hoy el 111o. aniversario de la primera independencia nacional, la Sociedad "Amantes de la Luz" ha colocado en lo que podríamos llamar su galería de grandes figuras americanas, el retrato del Lic. Don José Núñez de Cáceres. Al hacerlo así, dicha asociación cultural entiende que realiza un acto de justicia y de reparación hacia la figura de nuestro primer Libertador.

Poco estudiada ha sido hasta ahora la personalidad del Lic. Núñez de Cáceres. La magnitud de su gesto parece que no fue suficientemente estimada por las pasadas generaciones. El primero de diciembre de 1821 rara vez ha sido recordado. Fecha que debió grabarse con caracteres imborrables en todos los corazones dominicanos agradecidos, se desconoce. Y nunca ha sido celebrada. El olvido se enseñoreó sobre el hombre y la gesta. Olvido que de vez en cuando lo rompían algunas voces justicieras —como las de Meriño, Luperón, el historiador García, el crítico Henríquez Ureña, el escritor García Godoy— y otras voces denigradoras que pretendían arrojar sombras sobre el brazo y numen de aquel liberador intento.

Al través de nuestra última centuria, nunca acrisoló la conciencia nacional colectiva la importancia del ideal y de la obra del Lic. Núñez de Cáceres. Empero, sabemos el entusiasmo con que la masa popular celebra las grandiosas fechas del 27 de Febrero y del 16 de Agosto. El primero de diciembre pasa inadvertido. Olvidamos que un día como ese el pueblo sacudió por primera vez sus cadenas y abrazó el ideal de vida propia.

Ahí está la historia para decírnoslo. El movimiento del Lic. Núñez de Cáceres, —quien declaró solemne y públicamente "que la parte española de la isla de Haití queda desde este día constituida en un Estado libre e independiente"—, triunfó en todo el territorio de nuestra actual República. Gracias a esa saludable manifestación durante dos meses consecutivos el pueblo domi-



nicano vivió una vida autóctona. La declaración de Independencia y los actos que la sucedieron tuvieron como mira esencial darle una organización de Estado libre al país. El Lic. Núñez de Cáceres fue, pues, el primer libertador de la República.

Porque nos inclinamos ante la realidad de ese hecho incontrovertible, consideramos injusto el silencio y el olvido en que se tiene al prócer. ¿Cuál es la causa de que apenas se le mencione cuando él, antes que nadie, realizó independencia?...

Estrechas ideologías responden a esa pregunta. Se arguye que él pretendió el protectorado de la gran Colombia en vez de la independencia integral. Nada más inexacto. Convencido de las escasas probabilidades de éxito —dadas las condiciones sociológicas del medio— de todo esfuerzo independentista que no se realizara sin la ayuda y la cooperación de otros pueblos; contagiado por la ideología bolivariana que aspiraba a la realización de una Patria Grande en toda la América indo-hispánica, bajo el marco de una Confederación de pueblos, Núñez de Cáceres quiso que la República Dominicana, hija de sus sueños y su impulso, constituyera uno de los tantos estados confederados de la Gran Colombia. Y solicitó la ayuda de Bolívar para la realización de esos deseos.

Causas especiales impidieron que su ideal cristalizara. Compelido por una serie de circunstancias adversas, Núñez de Cáceres fracasó en su empeño. Boyer, Presidente de Haití, con palabras “fraternales” que se apoyaban en un ejército numeroso, se adueñó del nuevo Estado libre. Y tuvo el Lic. Núñez de Cáceres que entregarle —no sin protesta, como lo advierte José Gabriel García— las llaves de la Ciudad Primada.

Las consecuencias de su fracaso han servido de pretexto a unos cuantos para salpicar de baldón su obra. ¡Pobremente juzgan los que así piensan! Pues el éxito o el descalabro de una empresa no miden nunca la trascendencia de un hecho o la pureza del ideal. Bien pocos principios e ideologías quedarían en pie si para convencernos de su valor intrínseco los midiéramos con la vara del triunfo o del fracaso. La filosofía del éxito está mandada a guardar... Si así juzgásemos, qué quedaría de todos nuestros esfuerzos redentores? ¿No frasaron Duarte y los Trini-



tarios acaso, al caer de nuevo encadenada a España la República que brotó de sus esfuerzos? No. Las ideas y los hechos son grandes por el aliento de porvenir que en sí llevan. Núñez de Cáceres fue, a pesar de su fracaso, el primero de nuestros próceres. Y como tal debemos honrarlo. Aunque no decretara la abolición de la esclavitud.

El inicia la cadena de nuestros libertadores. Y tuvo, más que muchos de los que le sucedieron, un concepto amplio de lo que debía ser América. Su ensueño se hermana con el de Bolívar, de Martí, de Luperón, Hostos y Bctances. Con una visión clara del ambiente en que actuaba, se dió cuenta de sus necesidades. Vió, en medio de la feracidad de la naturaleza, nuestra pobreza humana. Supo que había hermanos en el Continente, y quiso tenderle los brazos. La escasez de medios impidieron la realización del fin. Pero eso no lo achica ante nuestros ojos. También fracasó Bolívar con su Gran Colombia y sus anhelos de federación continental. Y sin embargo, Bolívar sigue siendo Bolívar el Libertador, y hoy más que nunca, perfuman su memoria el amor, la admiración y el agradecimiento de un continente.

Van llegando las horas de reparación para el prócer. Fechas como las de hoy deberían celebrarse con júbilo en toda la República. Así, reconociendo un mérito del pasado, entonaremos un himno al porvenir.

Santiago, 1o. de Diciembre de 1932.

(Listín Diario núm. 3926, S. D. 1º Diciembre 1932).

